

ner à Lucinda, que era la que procuràva soltarfe de fus braços, la qual avia conocido en el suspiro à Cardenio, y èl la avia conocido à ella. Oyò assimesmo el ay que diò Dorotea, quando se cayò desmayada, y creyendo que era fu Lucinda, saliò del aposento despavorido, y lo primero que viò fuè à Don Fernando, que tenia abraçada à Lucinda. Tambien Don Fernando conociò luego à Cardenio, y todos tres Lucinda, Cardenio, y Dorotea quedàron mudos, y suspensos, casi sin saber lo que les avia acontecido. Callavan todos, y miràvanse todos, Dorotea à Don Fernando, Don Fernando à Cardenio, Cardenio à Lucinda, y Lucinda à Cardenio. Mas quien primero rompiò el Silencio fuè Lucinda, hablando à Don Fernando desta manera:

DEXADME, Señor Don Fernando, por lo que deveys à ser quien soys, ya que por otro respeto no lo hagays; dexadme llegar al muro de quien yo soy yedra, al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras promessas, ni vuestras dâdivas. Notad como el Cielo por desusados, y à nosotros encubiertos caminos, me a puesto à mi verdadero esposo delante. Y bien sabeys por mil costosas experiencias, que sola la muerte ferà bastante para borrarle de mi memoria. Sèan, pues, parte tan claros desengaños, para que bolvays (ya que no podays hazer otra cosa) el amor en rabia, la voluntad en despecho, y acabadme con èl la vida, que como yo la rinda delante de mi buen esposo, la darè por bien empleada: Quiçà con mi muerte quedará satisfecho de la fè que le mantùve hasta el ultimo trance de la Vida.

AVIA